

LAS CHIMENEAS YA NO
ECHAN HUMO

Paolo Zardi

Traducción de Celia Filipetto



TROPO EDITORES

*Mira desde la llanura,
las chimeneas ya no echan humo.*

Canto obrero de protesta,
ANTONIO MAZZUCATO, Turín, 1901

Su mujer debió de entrar en coma a última hora de la tarde de un jueves de marzo, mientras él se encontraba fuera y sus hijos volvían del colegio. Los niños —una chica de trece años y un varoncito de siete— se encontraron a su madre tendida en la alfombra de la sala de estar, panza abajo, con la boca abierta y los ojos cerrados. Antes de echarse a llorar, llamaron al 118, como habían aprendido en la hora de Educación Cívica. Más tarde, cuando dos médicos trataban de reanimar el cuerpo semidesnudo de la mujer, la chica trató de llamar a su padre, es decir, a él, pero el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Uno de los médicos, una mujer menuda de unos cuarenta años, dotada de una determinación que sólo tienen los cuerpos pequeños, al notar esa ausencia había preguntado a los niños quién se ocuparía de ellos. Excluidas la abuela materna —una viuda que vivía en Austria— y la abuela paterna —también una viuda que, según ellos mismos decían, tenía problemas de corazón y cierta predisposición a la angustia—, la doctora había optado por los tíos. La hermana de él y su marido.

A este último se le confió la tarea de esperarlo y encontrar las palabras adecuadas para explicarle por qué su mujer no estaba en casa; por su parte, la tía, nada más llegar, se encargó

de llevarse a los niños, sin haberse enterado bien de lo que había pasado.

Él volvió a casa sobre las diez de la noche. El barrio se componía en su mayor parte de chalés adosados, con jardines medidos en centímetros cuadrados, garajes como casitas tirolesas, piscinas de goma que en verano brillaban al sol, columpios colgados de las ramas más gruesas de los árboles, armazones de ladrillo gris para las parrillas, sótanos y buhardillas construidas casi siempre de forma ilegal. El barrio era lo que quedaba de la burguesía de otras épocas, el último intento.

A su alrededor, el asedio de una pobreza ya sin medios para esconderse. Incluso el centro comercial construido por una sociedad alemana a dos kilómetros de allí no era más que un espejismo: a diario, engullía y regurgitaba viejos, marroquines, cuidadores. Cuando volvía a casa, él los veía en la terminal del autobús, con bolsitas medio vacías, las mujeres resignadas como vacas de la India y los hombres con miradas hambrientas, dispuestos a morder. Los ricos habían desaparecido a la vez. Hacía años que no veía pasar uno. Quedaban sus casas enormes y desocupadas, mausoleos para asombros futuros.

La luz del jardín estaba encendida. Delante del portillo exterior el gato del vecino levantó la cola y, bajo la lluvia, ofreció el lomo a sus caricias. Todas las noches lo acariciaba pensando que desde hacía un tiempo los gatos del barrio desaparecían por motivos desconocidos. La lámpara de la entrada alumbraba la puerta blindada y las dos macetas de petunias a los lados del felpudo. No había nadie en casa: sólo aquel cuñado de cara triste, sorprendido en la cocina, mientras se calentaba un poco de leche.

«¿Dónde están mi mujer y los niños?».

No lejos de ahí había una heladería a la que su hija iba de vez en cuando a comprar una terrina tamaño familiar; pero

hacía meses que no paraba de llover y delante de la casa la calle se había transformado en un lago artificial. Había entrevisto el coche de su mujer en el garaje, entre cajones de herramientas de bricolaje y cajas de juguetes que ya nadie utilizaba. De hecho, hacía años que por las noches nadie se atrevía a salir a pie.

Su cuñado se acercó y le dio un abrazo, sin emitir sonido alguno. Se quedaron así unos segundos, bajo la luz de neón de la cocina mientras la leche había empezado a hincharse, amenazando con salirse del cazo. ¿Qué le dio por pensar en ese momento, que sus hijos se habían muerto? Y ¿por qué su cuñado había comenzado por las condolencias? Aquel hombre siempre había sido para él un misterio; cada vez que las familias se reunían, no dejaba de observarlo y de preguntarse por qué su hermana se habría casado con él. Era frágil y desgarbado, con una nariz grande. Una nariz que no sabía cómo manejar. Se llamaba Gregorio y no estaba muy familiarizado con el mundo. La leche se derramó y apagó la llama, y su cuñado siguió ahí, agarrado a su cuerpo, convencido de poder transmitirle información por telepatía. Se lo quitó de encima, primero un brazo, después el otro, y lo miró a la cara, a los ojos, más allá de aquella nariz demasiado grande para que la tomasen en serio. Pronunciando bien las palabras, le preguntó: «Gregorio, ¿qué ha pasado?».

A esas alturas, el único problema de Gregorio fue dar con la definición exacta de *coma*.

En un lado de la sala, una puerta con cristalera dejaba ver el jardín de atrás; iluminados por una farola que se encendía al primer indicio de oscuridad, inmóviles bajo la lluvia, una bicicleta en el suelo, una pelota nueva, el columpio herrumbroso, la presencia espectral de una vieja muñeca. El canalón de

cobre gorgoteaba como una rana. El espectáculo insignificante de aquellos diez metros cuadrados sorprendidos en su actividad cotidiana tenía un punto desgarrador, una normalidad insostenible. Encendió el móvil y empezaron los mensajes: de su hija, de su hermana, números desconocidos, un dique que cedía bajo el peso de la desesperación. Se enteró de que al final sus hijos estaban en casa de su madre, y su hermana, en el hospital. ¿Por dónde empezar?

Su madre vivía en el límite de la ciudad, en la sexta planta de un edificio de diez que parecían veinte, un armario de cemento alto y estrecho tapizado de ventanas, persianas rotas y parabólicas en las terrazas. De chico, él también había vivido ahí. Compartía un cuarto con su hermana, embutido entre la cocina y el baño. Por la ventana veía el aparcamiento de un taller mecánico, un prado abrasado donde los yonquis se iban turnando, las grúas de las viviendas de protección oficial nunca terminadas y una extensión de casas bajas y vacilantes, que los planes de urbanización mafiosos iban ocupando a razón de tres hectáreas al año. Un panorama distinto del que se veía desde la casa en el centro donde habían vivido hasta finales de los setenta, una planta entera en un edificio de principios del siglo xx. El cuarto donde su madre, que era modista, y una multitud de muchachas se dedicaban a coser se confundía, en su cabeza, con ciertas fábricas que había visitado más tarde por motivos de trabajo. El rodillo del tiempo sólo había dejado vivo el recuerdo de la cocina, pequeña y sofocante, con los círculos concéntricos de los fogones y la sala donde las clientas se probaban los trajes: él era pequeño y las mujeres lo echaban de allí. Se reían de su presencia aquellas mujeres con camisetas de seda, medias oscuras, sostenes enormes y las uñas de los pies

pintadas. Aquello fue antes de que la gente descubriera los jerseys de poliéster de los grandes almacenes. Su padre había enfermado y su madre, que en pocos meses quedó viuda, había pasado de la alta costura al remiendo, del hilvanado a los bajos de los vaqueros, de la organza al fustán. De vez en cuando alguien le encargaba un vestido para una fiesta —sobre todo las hijas de militares o de comandadores (una especie ya extinguida)—, pero aquellas veladas de gala tenían el sórdido sabor de las conmemoraciones históricas.

No podían quedarse con el apartamento del centro, tan desproporcionado en relación con los tiempos, de modo que un sábado de noviembre recogieron sus cosas y se mudaron a la nueva casa. Bajo una lluvia fina y persistente llenaron de muebles un furgón vacilante. Se marcharon a las ocho y media de la tarde, en silencio, siguiendo el féretro de su pasado feliz. Al día siguiente cumplió diez años en el nuevo apartamento, entre cajas por desembalar y un olor a moho que nunca conseguirían quitar.

Treinta y cinco años después, su madre seguía viviendo en aquel edificio humillado por el tiempo. De los balcones se desprendía el revoque dejando al desnudo una trama de acero herrumbrado. El agua se filtraba por el techo de cobre y amianto y surcaba la fachada exterior con vetas verde musgo. Abajo, delante de la puerta, en un pequeño parque planificado con excesivo optimismo urbanístico, se estacionaban los magrebíes que habían echado a los rumanos que habían echado a los albaneses. No estaba claro qué defendían ahí abajo. Aquellos marroquíes, aquellos tunecinos cuchicheaban todo el rato con pereza sahariana, ocultos en la sombra, de pie, fumando, como si estuvieran en la pausa del café. Lo miraban sin malas intenciones mientras esperaba, inmóvil e incómodo, a que alguien abriera la puerta.

Las paredes de las escaleras estaban cubiertas por un fresco de manchas brutales. Cada dos plantas la luz se apagaba, y él tenía que ir palpando en busca del interruptor, aterrado ante la idea de equivocarse y, sin querer, tocar un timbre; por las puertas se filtraba el estruendo de los televisores encendidos mezclado con gritos feroces, platos rotos, maldiciones, algún disparo. En otros tiempos, por aquellas escaleras correteaban sus amigos: el rubito con corsé ortopédico del segundo, el pequeño campeón de ajedrez del tercero; las dos hermanas estrábicas del cuarto que una tarde, cuando ellas tenían doce años, dejaron que les tocara una teta a cada una... En la sexta planta vio a su madre en la puerta, arrebujada en una manta de forro polar, con la luz del pasillo a su espalda. Iba envejeciendo, encorvándose, resecaándose; no hacía mucho había sido una señora distinguida, con el cabello cuidado y el cutis terso. La pobreza la había consumido, o quizá sólo fuera culpa de la biología —células oxidadas, órganos exhaustos, hígado y riñones debilitados por décadas de trabajo. Existir requería dedicación plena. Se envejecía por el mero hecho de tratar de mantenerse vivo—. Abrazarla —siempre le imponía este rito anticuado— lo llenaba de melancolía.

Sus hijos lo esperaban en la sala, delante del televisor. Marco, el pequeño, llevaba un pijama gris como de piel de ratón, una prenda que quizá le había dado su tía antes de dejarlo con la abuela; Miriam, la mayor, lucía un mono rosa y se agarraba los pies desnudos con las manos, sentada en una butaca de terciopelo verde. Tenía las uñas pintadas de un rosa más claro. Su camiseta, regalo de Navidad de Eleonore, llevaba dibujada una luna amarilla y sonriente. A su lado, en el brazo de la butaca, había una linterna en forma de perro que Eleonore había comprado en 2003, después del primer gran apagón.

Las caras de sus hijos reflejaban cansancio, pero estaban alerta. Los convenció de que apagaran la televisión, y los acompañó al cuarto que de niño había compartido con su hermana. Desde entonces nada había cambiado: un museo erigido a la memoria de su adolescencia. El póster de los Europe, el de Nik Kershaw. Dos osos. El tocadiscos. La cesta de Pongo, el gato persa que tuvieron en los ochenta y murió de cáncer de pulmón. En un estante, más arriba, cerca de los libros de contabilidad, en un marco de plata, la foto tomada el último día de quinto de primaria, él en la segunda fila, peinado con raya a un lado, la cara redonda, entre Luisa (el marido la dejó y se fue con un transexual nada más regresar de la luna de miel) y Alessio (se mató en el ciclomotor a los quince años). La maestra no miraba a la cámara, en el último momento había desviado la vista hacia algo a su derecha: un rayo de sol reflejado en la pizarra o un pajarito estrellado contra la ventana o la sirena de la alarma meteorológica que anunciaba otra inundación.

—Tengo miedo, papá —dijo Marco.

—¿De qué?

—De la oscuridad. Y de los ruidos. ¿Los oyes?

Del techo, de abajo, de lugares indefinidos, llegaban los crujidos que habían acompañado todas sus noches en esa casa. El edificio estaba en constante asentamiento, como un niño en edad de crecer, un volcán dormido, como un viejo decrépito que intenta desesperadamente mantenerse en pie.

—Es la voz de esta casa —le dijo él, agarrándole las manos—. Pero es un lugar bueno, yo me crié aquí. ¿Has visto qué mayor se ha hecho papá?

Marco sonrió embutido en su chaqueta de piel de ratón. En aquella camita, en aquella casa, parecía aún más pequeño, y sus ojos, aún más grandes; aquellos faroles destellantes y azules, a menudo extraviados. De adulto, esos iris luminosos

lo ayudarían a encontrar el amor; ahora, le impedían ocultarse. Se puso serio:

—¿Cuándo me volverán a salir los dientes?

—Yo creo que este verano ya los tendrás todos. Serás un pequeño hámster.

Marco se rio. Le tendió la manita:

—¿Has visto el reloj que me regaló la abuela? —En la muñeca llevaba el mismo mazacote que había recibido él por su primera comunión, un Timex del pleistoceno—. Aquí fuera también lleva marcados los minutos —Y señaló el anillo desteñido que rodeaba el cuadrante—. Qué amables los que pusieron los minutos —dijo satisfecho.

Su hijo creía que el mundo estaba formado por personas que cuidaban de los demás. Le hizo cosquillas, y así, riendo, el pequeño no tardó en quedarse dormido. Siempre era así: se apagaba de golpe, y por la mañana volvía a vivir a la misma velocidad.

En la otra cama, Miriam estaba acostada de lado, con la vista clavada en la pantalla de un lector mp3; de sus auriculares salía un zumbido indescifrable. Unos meses antes, su mujer le había dicho que la música que uno elige no es cuestión de gustos; cada edad tiene su ritmo interior, y el cuerpo busca algo que le permita entrar en resonancia. Ella, por ejemplo, escuchaba cedés enteros de campanas tibetanas. Cuando él volvía a casa tarde, por la noche, después de trabajar, la encontraba sentada en la cama, cruzada de piernas, las manos sobre las rodillas, el estéreo encendido, completamente inmersa en una atmósfera de gongs y reverberaciones; tenía entonces la sensación de que aquel cuerpo tan delgado hubiera podido levitar y salir volando a otra dimensión. Se habían repartido los elementos: él, pragmático, tierra y agua; ella, lunar, etérea como el aire y volátil como el fuego.

—Miriam...

Le quitó los auriculares. Entretanto, Marco había empezado a roncar como un oso resfriado.

—Dime.

—¿Te has asustado hoy?

—Un poco.

Aunque le temblaba la voz, no lloró. Hablaron media hora, en voz baja, de mamá, de los deberes, de cuando él era niño y no le iba bien en el colegio —uno de los temas preferidos de Miriam—. Poco a poco se apagaron los televisores de los vecinos, y las voces, y los platos y las pistolas, dejando que emergiera el fragor ronco de la ciudad, el murmullo suave de la lluvia que la mojaba. Después, Miriam también comenzó a ceder; cuando la besó en la frente, respiraba pesadamente. Al entornar la puerta, le pareció oír una ráfaga de viento, un soplo de aire en movimiento, como si su mujer, la pequeña Eleonore, con acento alemán, estuviera precisamente ahí, al lado de ellos, para mirarlos, cuidarlos, protegerlos.

Una conocida de su madre, una octogenaria con un ojo icterico, había sido atacada a hachazos por dos tipos que entraron de noche en su apartamento. La vieja vivía en la novena planta de un edificio medio abandonado, esa era la noticia del día. Mientras comía un sándwich tostado en el *autogrill* —su cena antes de reunirse con sus clientes potenciales— había visto de reojo el reportaje en una pantalla colocada en lo alto de una pirámide de dulces de Pascua; la mujer, con un hilillo de sangre coagulada en una mejilla y un corte marrón en la frente todavía aterrorizada, repetía: «Eran dos viejos, eran dos viejos». Los criminales de poca monta que, desde siempre, infestaban el extrarradio de la ciudad debían contar con nuevas formas de competencia. No había nadie más agresivo que los artesanos fracasados, los inválidos abandonados, los jubilados sin ningún poder adquisitivo. El horror de la mujer, sorprendida sin dentadura por el equipo de televisión, se repetía incesante, cada cinco minutos: «Eran dos viejos», decía aquella boca negra y vacía, decían sus ojos incrédulos fijos en la cámara. El mundo estaba cambiando, y no resultaba fácil seguirle el ritmo.

La segunda noticia se refería al yóquey Ruggero Santini y su caballo transexual SheHorse. Días antes, en una competición

internacional, los dos habían rodado por el suelo y sufrido daños inimaginables. El hombre estaba al borde de la muerte; el caballo había evitado el matadero sólo gracias a la intervención de los animalistas que, desde hacía meses, formaban piquetes en su honor frente al hipódromo. Estaba internado en una clínica especializada, con las patas rotas, un pulmón perforado y los dientes delanteros mellados. Detrás del presentador pasaban las imágenes de la caída a cámara lenta: el animal se desplomaba como alcanzado por un proyectil (de hecho, en la red circulaba ya la hipótesis de un homicidio al estilo Kennedy). En la primera plana de los diarios destacaba la cara serena del yóquey, su casquete rubio, la sarta de sus dientes blancos; un hombre que parecía un niño que parecía un hombre. Y frente a la clínica del caballo, los corrillos de seres humanos se iban turnando, cubriendo con paraguas centenares de lamparillas encendidas. Esa era la segunda noticia del día. Después, política internacional.

Había pasado la noche. Después de besar a los niños aún dormidos, y de abrazar otra vez a su madre, empezó a buscar el hospital donde estaba ingresada Eleonore. Como de costumbre, los datos que le había dado Gregorio eran pocos e inexactos. Al cabo de una hora de intentarlo siguiendo las indicaciones erradas del GPS, vio un edificio blanco, un gigantesco frigorífico de más de doscientos metros de altura. Unos años antes, en un último arrebató de *grandeur*, el Gobierno de la región había levantado cinco plantas encima del viejo hospital, como si se tratara de una construcción de Lego. No sólo para hacer caja con las contratas amañadas, la tesis era que la gente enfermaba más. Los medios de comunicación decían que era a causa de la contaminación, los desechos tóxicos, las estelas químicas, pero todos sabían que se debía a la

decadencia. La tristeza y la decadencia, la tristeza por la decadencia. Los ganglios linfáticos, el corazón, el sistema nervioso, el tracto gastrointestinal ya no se lo creían, y comenzaban a poner impedimentos. Los cuerpos buscaban el consuelo de la rendición.

Tardó diez minutos en encontrar la entrada del aparcamiento y cinco más en identificar la entrada al centro; alguien había eliminado las señales indicadoras, instrumentos adecuados para reventar escaparates.

Encontró a Laura, su hermana, sentada en una silla de plástico, agarrándose la cabeza entre las manos, la boca pastosa por el sueño, acompañada de otras personas consumidas por el mismo cansancio. Imperaban la misma monotonía aséptica de los aeropuertos y el tufo que apesta las estaciones de tren. Estaba en ayunas y en una máquina expendedora le compró unas galletas y una lata de Coca-Cola. En los pasillos había un ajeteo de periodistas, fotógrafos, policías, y un grupo de humanidad musculada, tal vez el guardaespaldas del yóquey, o el brazo armado de las apuestas clandestinas.

Fueron a la sala de espera y allí Laura le contó lo sucedido.

Eleonore estaba en cuidados intensivos. No la habían operado porque la hemorragia estaba controlada.

—¿Hemorragia? —preguntó él.

—Sí, en la cabeza. En fin, ha sido un ictus.

—¿A su edad?

—¿Puedes creer que les pasa también a los niños?

Él pensó en Marco y Miriam, en cómo respiraban en el cuarto oscuro de la casa de la abuela; y Laura tal vez pensara en sus hijos, que todavía se confundían con su cuerpo de madre, criaturas con una identidad por definir. Se abrazaron diciéndose algo en voz baja. Nunca se deja de ser hermanos.

Buscaron a un médico. Al pasillo daban las habitaciones de los pacientes donde, en penumbra, se veían personas dormidas en las sillas, y otras que susurraban algo a los cuerpos que cuidaban. Una desesperación desolada, nocturna, de establo, la angustia de animales que no duermen nunca a causa del incansable asedio de los depredadores. Al final, encontraron un médico barbudo y feo pero sobre todo cansado, que los invitó a entrar en el despachito. El enfermero que preparaba café en un hornillo eléctrico salió marcha atrás con una especie de reverencia.

—¿Usted es el marido?

El poder sobre la vida y la muerte del que disponía le había marcado irremediablemente la cara: tenía arrugas verticales en la frente, ojos huidizos, la boca habituada a la hosquedad que él consideraba perenne.

—Sí, soy el marido. ¿Cómo está mi mujer?

—Está en cuidados intensivos. Le bajamos la temperatura corporal para evitar que sienta dolor. Hay una fuerte presión interna, en el cráneo. El pronóstico es reservado...

—Y ¿entonces?

—Entonces esperamos veinticuatro horas y vemos cómo evoluciona.

—¿Se puede morir?

—Potencialmente, sí.

—Y ¿quedarse en coma?

—Sí. Pero es pronto para decirlo. Planteémonos pequeños objetivos a corto plazo. Debemos pasar esta noche. Y eso ya sería mucho.

Él no supo qué decir. Había agotado su capacidad de enfrentarse a las cosas. Su exiguo optimismo no lograba encontrar un resquicio de esperanza por el que colarse; la muerte o el silencio, la muerte silenciosa o el silencio mortal eran

demasiado vastos y demasiado negros para afrontarlos con los instrumentos emocionales que tenía a su disposición.

El médico le permitió verla de lejos, por la ventanita recortada en una puerta de PVC. Él se quedó cinco minutos con la nariz aplastada contra el cristal, rezando; ella, lejana, con tubos que entraban y salían de su cuerpo como en un sistema hidráulico, los pistones, las válvulas, los filtros. Empequeñecida bajo la sábana verde —el perfil de los pies, de las caderas que asomaban; del pecho, un libro en braille que conocía de memoria— aparecía y desaparecía detrás de la condensación de su aliento de marido, de aquella máquina de vapor con la que años antes, henchido de amor, se había casado.

Debía pasar la noche.

Y la noche pasó. Había esperado a que amaneciera en un hotel especializado, frente al hospital, un refugio para parientes exhaustos. El recepcionista —un negro con la elegancia pobre y digna de las generaciones que acaban de iniciar el ascenso social— era el contable de aquellos dolores: «¿Cuántos días se quedará?», preguntaba a los clientes aturdidos. Se lo había preguntado a él, con el aplomo de un caronte en mitad del río Éstige.

«Pronóstico reservado», le contestó.

El negro marcó una noche, con opción a prórroga. Podía pedir el kit de emergencia —cepillo de dientes, dentífrico, una maquinilla, espuma y loción de afeitar, y pijama a rayas— y una muda para el día siguiente —calzoncillo, calcetines y camiseta—. Lo compró todo.

En el ascensor, al lado de los botones, vio la pegatina de una funeraria: «Servicio a domicilio. Atención las 24 horas. Maquillaje, embalsamamiento, cremación. Gestión de redes sociales». Desde la ventana de la habitación se veían el

hospital, el trajín de las ambulancias, los coches de la policía, los furgones de los equipos de televisión. Una comunidad de hormigas atareadas en la indiferencia del mundo que las alojaba. Dentro, la estructura metálica del hotel vibraba con las voces y los llantos de sus habitantes, una colmena enorme que producía dolor en lugar de miel. El cielo meaba desde hacía tanto tiempo que nadie se acordaba del último sol. El invierno no parecía tener intención de dejar libre el hemisferio boreal.

Pero la noche había pasado. Un amanecer lentísimo apagó las luces del hospital, las farolas de la calle, los faros de los furgones. A las seis y media se levantó, se metió en el baño, y lloró bajo la ducha, mezclando su propia agua con la que caía, apenas tibia, de la alcachofa obstruida; luego, tras afeitarse con insólito cuidado, bajó a desayunar. En el bar vio a tres mujeres con edades escalonadas, hablaban con frases a medias, empleando esos sublenguajes creados en el seno de las familias. El negro preparó el café. Los bollos todavía estaban calientes y las mujeres se sirvieron tres cada una, como si se dispusieran a entrar en letargo; en cambio, él se sirvió dos huevos duros. De vez en cuando Eleonore se los preparaba por la mañana, para recordar cómo era vivir en Austria.

Y cuando por fin la noche había pasado, y el día había adquirido su fisonomía —débil llovizna, cielo blanco, un viento gélido y molesto—, regresó al hospital y habló con un médico. Otro distinto, no el del día anterior. Este, aunque más extrovertido, menos arrogante, más joven y menos feo, mantuvo la versión oficial: había que esperar, tener paciencia y confiar en lo mejor. Cada minuto era una conquista, una esperanza más. Pero, mientras tanto, necesitaba prepararse sobre todo para lo peor. Y lo peor no era la muerte. Y esto, le dijo mirándolo a los ojos, debía quedar claro.

A las diez fue al colegio de Marco. Esperó a que comenzara el recreo. Le explicó la situación al bedel —un sesentón con unos bigotes enormes y amarillentos—, que se conmovió. Media hora más tarde, un niño minúsculo, un andino de cabello negro, salió eufórico por una puerta: le habían dado permiso para tocar el timbre.

—¡En el dictado no he tenido ni un error! —le dijo el niño sonriendo.

Los niños solían acercarse a él con una confianza incondicional. Inspiraba a la gente ese tipo de comportamientos. Se lo decían también sus jefes, cuando lo elogiaban por las ventas, el siglo pasado. Él también lo sabía porque, en el fondo, vivía de eso.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Ocho, y ¿tú?

El pequeño brincaba, como si tuviera que disipar un resto de energía inextinguible.

—Cuarenta —Siempre mentía. Deformación profesional.

—Como mi papá, pero mi papá tiene mucho pelo.

Él, sin embargo, intentaba optimizar el pelo estropajoso que le crecía en la cabeza, una manta que resultaba siempre demasiado corta.

—Y ¿cómo se llama tu padre?

—Carlos. Y ¿el tuyo?

—Filippo.

El bigotes le indicó por señas que ya era hora. El pequeño corrió hacia el interruptor y tocó el timbre con todas sus fuerzas. El timbrazo desató un estruendo, como si alguien hubiese abierto una pajarera llena.

Al verlo, Marco corrió hacia él brincando como un potrillo nervioso. Era flaco y veloz. Los ojos parecían enormes en

aquella cara diminuta que pasaba de golpe de la alegría a la tristeza, de la risa al llanto. Su cara estaba unida directamente al corazón, las aurículas y los ventrículos gobernaban sus mejillas. Se abrazaron, y él le besó la cabeza, después Marco se fue a jugar. En la mano tenía un Deck —un mazo de cartas de un juego incomprensible—. Unos amigos lo esperaban en la puerta del aula.

Llamó a Laura. Llamó a su madre, que estuvo diez minutos lloriqueando. Llamó al trabajo para avisar a la secretaria de lo ocurrido. No dio demasiadas explicaciones, pasó por alto los detalles dramáticos. No hacía falta anular las citas. Ya se había organizado con su hermana y su madre: ellas se ocuparían de los niños.

A la hora de comer fue a buscar a Miriam. Al verla salir del colegio, con el paso aún inseguro, la voz demasiado alta, una carcajada con un punto malicioso e inconsciente, le pareció que aquella chica, su niña, estuviera haciendo equilibrio por las orillas que separan la infancia de la adolescencia, entre una edad aséptica y apolínea y otra llena de olores, dolores y disparates. Tanto ella como sus compañeras de curso empezaban a tener los pechos y el culo de las mujeres, pero el material que las constituía era de una formulación distinta a la de sus madres —una consistencia neumática, una turgencia no comprimible—. Y, sobre todo, había una inocencia incauta en aquellos cuerpos incapaces de imaginar el tiempo, de creer en la existencia de la fuerza de la gravedad y en los compromisos que la vida —en especial, el amor y el desacuerdo entre deseo y ternura—, tarde o temprano, les plantearía.

Miriam debería haber llevado aparatos en los dientes de abajo. Dientes que, en opinión del ortodoncista, en el futuro le causarían infinidad de problemas: de espalda, de digestión,

una configuración errónea del cráneo y una más que segura falta de autoestima. Eleonore había insistido en que se dieran prisa, pero él le había ido dando largas al asunto. Pensaba en la adolescencia, en aquel viaje infernal de la infancia a la edad adulta, había que enfrentarse a ella con el máximo de posibilidades, con la sensación de estar en orden. El aparato la desfiguraría en el preciso momento en que era necesario ser guapos o, al menos, decentes. Miriam era guapa (¿lo era de veras?) y él rogaba para que en la incesante batalla entre cromosomas, ganaran siempre los que había heredado de Eleonore. Después estaba el dinero. Mejor dicho: la falta de dinero. Era tal su escasez que hasta los dentistas cerraban y buscaban trabajo en los hospitales. Las ayudantes más hermosas publicaban anuncios en los diarios especializados: «Experta en intervenciones orales»; las feas, en cambio, se reconvertían en cuidadoras de viejos rusos que decidían esperar la muerte en el calor del Mediterráneo. Aunque quizá no fueran más que leyendas, surgían a diario para darse ánimos. Sin embargo, a Miriam no se le notaban los dientes; resaltaban los ojos, orgullosos y ardientes, la postura decidida, los rasgos de la cara. Se parecía a Eleonore: la calidad de su belleza, la misma inconsciencia más allá de todo juicio.

Mientras comían, Miriam le contó cómo había ido la mañana. Él se preguntó qué sería de ella si Eleonore no salía adelante. ¿Mejor una madre muerta o una madre «vivaz» como un cactus? ¿Quién le enseñaría a hacerse mujer? ¿Las amigas? ¿Los amigos? O ¿la vida, sin ninguna prisa?

A primera hora de la tarde fue a la oficina, la microsucursal de una gigantesca multinacional indonesia que sólo se comunicaba con él por correo electrónico. Vendía depuradores de agua para grandes empresas, para hospitales, para cruceros,

para las ciudades que crecían en el desierto en busca del último petróleo. Él se había especializado en la venta directa en el sector doméstico. En otros tiempos ocuparon la mitad de un edificio de tres plantas, pero la época dorada había terminado; ahora eran todos pobres, y la pobreza traía consigo desconfianza e incertidumbre. La contaminación de los acuíferos y la quiebra de tantos Ayuntamientos, con la consiguiente disminución de acueductos, no bastaban para la recuperación del mercado de depuradores. Cada año la mitad de los vendedores tiraba la toalla, y ahora en la empresa sólo quedaban él, la vieja secretaria todoterreno, un técnico vietnamita y un muchacho que de vez en cuando conseguía cerrar una venta, por lo general, a amigos y parientes lejanos. Cada seis meses subía un tipo de Roma que dedicaba un día a repasar las cuentas, los contratos, los porcentajes. Llegaba con mirada torva, de recaudador de impuestos, y se iba en silencio, entristecido. Tenía un corazón que sólo usaba de noche, un segundo, cuando había terminado y antes de salir preguntaba cómo estaban. «¡Todo bien!», contestaba él, bajo la lámpara de neón, parpadeante desde hacía años. Pensaba que si daba muestras de debilidad, tarde o temprano todo se derrumbaría; pero, en realidad y pese a su resistencia, la situación se iba al traste de todos modos. Ni siquiera los clientes conseguidos pagaban la renovación de los filtros. La única arma que quedaba para vender algo era el descuento, un descuento cada vez mayor, que se lo llevaba todo. Pero él no perdía la fe. Muchos años antes, aquel trabajo le había salvado la vida y le había permitido construir la casa, casarse con Eleonore, criar a dos hijos. No se rendiría.

Tampoco esa noche se estaba rindiendo; con su mujer en coma, con los niños bajo la infeliz tutela de la abuela (cena-rían otra vez tortilla y queso *stracchino*, y un bol de cacahuets

sobrantes de Navidad), se había metido en el coche, dispuesto a viajar una hora, bajo un cielo que parecía una tapadera de hierro colado, para visitar a una familia a la que había abordado hacía un mes, en un centro comercial. En el *autogrill* pidió un sándwich tostado y, mientras le hincaba el diente, se enteró de la noticia de la vieja agredida en su casa. Después, mientras recobraba el aliento debajo de una marquesina, observó una chimenea a lo lejos, con una lucecita roja para aviones en lo alto y una columna de humo blanco que subía despacio, como un hongo nuclear.